

JORNADA RAMA FAMILIAR 1995

(Transcripción no revisada por el autor)

EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO (1)

P. Rafael Fernández

En esta Jornada quisiéramos abocarnos básicamente a desentrañar toda la riqueza que tiene el sacramento del matrimonio.

Nuestra realidad más profunda, como matrimonio, es que constituimos un sacramento. Esta pareja santa, este matrimonio que aspira a la santidad, este matrimonio que quiere cultivar toda la fuerza del amor esponsal en todas sus formas y en todos sus grados, este matrimonio, es consagrado por Dios como sacramento.

Esto significa para nosotros ver ahora nuestra relación esponsal en un nivel superior. No significa esto que antes no lo hayamos hecho; siempre estuvo presente de alguna u otra forma, pero ahora quisiéramos abocarnos básicamente a desentrañar toda la riqueza que tiene el sacramento del matrimonio, a ponernos en una perspectiva netamente sobrenatural. Nosotros, como pareja, en el orden sobrenatural, en el orden de la salvación, de la redención.

Si consideramos, por ejemplo, las palabras que se usan en la celebración del matrimonio por la Iglesia, desgraciadamente vemos que el rito no expresa toda la riqueza del sacramento: "Yo te recibo a ti y prometo serte fiel en lo bueno y en lo adverso, en salud o enfermedad... durante toda mi vida". Pienso que esta promesa es comprensible para "cualquier hijo de vecino" que entiende el matrimonio como una donación mutua para toda la vida, con un amor exclusivo, en las buenas y en las malas. Sin embargo, nada se habla del sacramento. Y es esto justamente lo que es elevado por el sacramento. Hay una gracia específica que nos hace ser signo eficaz.

¿Qué significa sacramento? La palabra sacramento traduce originalmente la palabra misterio. El *mysterium* se tradujo por sacramento y cuando se hablaba de misterio en la Sagrada Escritura, cuando se habla de sacramento, se quiere expresar una realidad trascendente que se hace visible, palpable en un signo, en un gesto, que dice más de lo puramente material de ese signo. Un signo, por ejemplo una luz roja, expresa peligro; el humo es signo del fuego. Los signos expresan otra realidad.

Toda la poesía está cargada de signos, de una simbólica. A veces se expresa una realidad en forma más profunda en un signo, en un símbolo; a través de un signo se expresa mucho más que a través de una explicación lógica, racional. Y muchas veces ni siquiera podemos explicar algo con palabras. Al usar un símbolo, un signo estamos aludiendo a una realidad más profunda, más trascendente, que se me hace presente, cercana, sensible, comprensible a través de ese signo.

El Señor ha usado símbolos para llevarnos a realidades trascendentes. Todos los sacramentos son signos: el agua del bautismo, las palabras que decimos cuando bautizamos a un niño, significan mucho más de lo que se da y se hace en la realidad material: al echar el agua, se está purificando, se está lavando; el agua es el símbolo de la vida, de la

fecundidad, etc. El Señor, la Iglesia, usa este elemento para significar que este niño está renaciendo a una nueva vida, se está lavando de su pecado original. Dios se está valiendo de un signo. Así también, cuando nos persignamos con agua bendita al entrar en una Iglesia, en el Santuario, también éste es un signo. Hay una diferencia entre este signo del agua bendita y el agua del bautismo. Si yo uso con fe esta agua bendita recibiré gracias. Sin embargo, un sacramental es un signo eficaz de la gracia. Tal vez lo más claro es referirnos a la Eucaristía.

Cuando el sacerdote pronuncia las palabras de la consagración, sea cual sea la fe, el estado de gracia del sacerdote y de las personas que asisten a la Eucaristía, Cristo se hace verdaderamente presente en el Pan y en el Vino. Cristo se hace presente en el altar por ese signo, independiente de toda fe tanto del ministro como de la asamblea. Es lo que se quiere significar con la expresión clásica de la dogmática: *ex operes operato* por la acción misma, es decir, por obra de la misma acción. En cambio en los otros sacramentos, la eficacia, la gracia que recibimos depende de cada uno.

¿El sacramento del matrimonio, de qué es signo? ¿Por qué es eficaz? ¿En qué es eficaz?
¿El sacramento del matrimonio qué está simbolizando, qué está haciendo presente?

El sacramento del matrimonio está haciendo presente una realidad trascendente: la realidad espiritual, sobrenatural de la unidad de Cristo y de la Iglesia. El sacramento del matrimonio hace que nosotros, como pareja, como esposos, seamos un signo sensible, seamos presencia, seamos una realidad concreta, palpable, que nos lleva a acceder a la realidad misteriosa de la unidad de Cristo y de la Iglesia.

Es un signo eficaz, no solamente un signo, porque permite que nosotros como pareja seamos efectivamente una presencia de Cristo y de la Iglesia en su mutuo amor, en su realidad como comunidad de salvación. Hace eficaz, nos posibilita que seamos esa realidad que trasciende toda realidad de amor humano, todo compromiso, todo consorcio natural. No todo matrimonio es símbolo eficaz de la presencia, del misterio que une a Cristo y a la Iglesia.

Queremos dedicar estas reflexiones a desentrañar esta verdad central del matrimonio como sacramento.

La definición que se daba antiguamente del matrimonio se refería a un contrato que tenía como fin primario la procreación de los hijos, la fecundidad matrimonial, y como fin secundario la complementación de los esposos, la mutua ayuda. Esta definición era muy incompleta. El nuevo Derecho Canónico de la Iglesia trae una definición mucho más rica. Dice: "La alianza matrimonial por la que el varón y la mujer constituyen entre sí un consorcio de toda la vida ordenado por su índole natural al bien de los cónyuges y a la generación y educación de la prole, ha sido elevada por Cristo, el Señor, a la dignidad de sacramento entre los bautizados".

Se habla de una alianza matrimonial lo cual ya es un concepto nuevo, muy familiar para nosotros. Se habla de una alianza matrimonial que inmediatamente nos pone en el contexto de la alianza de Dios con su pueblo, Israel, y de la Nueva Alianza de Cristo con la humanidad. Ambos constituyen un consorcio por toda la vida, un asociación de vidas y que está ordenado al bien de los cónyuges y a la generación y educación de la prole. Esa

realidad del orden de la creación ha sido elevada a la categoría de sacramento. Es decir, pasa a ser signo de esa alianza de Dios con el hombre, de Cristo con la Iglesia.

El matrimonio natural, en el orden de la creación, es elevado a la categoría de sacramento en el orden de la redención, cuando esa unión de alianza es contraída por bautizados. Porque nosotros, al ser bautizados, estamos sumergidos en Cristo y al unirnos por el sacramento del matrimonio pasamos a ser un reflejo de Cristo y de su Iglesia.

Vamos a leer el párrafo de la Epístola de los Efesios, capítulo 5, donde se expresa lo que acabamos de decir. Es difícil de entender en muchas de sus partes.

"Sométanse unos a otros por consideración a Cristo. Que las esposas se sometan a sus maridos como el Señor. En efecto, el marido es cabeza de su esposa, como Cristo es cabeza de la Iglesia, cuerpo suyo, del cual es asimismo Salvador. Y así como la Iglesia se somete a Cristo, así también la esposa debe someterse en todo a su marido. Maridos amen a sus esposas como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, y la bañó y la santificó en la palabra mediante el bautismo de agua. Porque si bien es cierto deseaba una Iglesia espléndida, sin mancha ni arruga ni nada parecido, sino santa e inmaculada él mismo debía preparársela y presentársela.

Del mismo modo, los maridos deben amar a sus esposas como aman a sus propios cuerpos. El que ama a su esposa se ama a sí mismo y nadie jamás ha aborrecido su cuerpo. Al contrario, lo alimenta y lo cuida. Eso es justamente lo que Cristo hace por la Iglesia. Pues nosotros somos parte de su cuerpo. La Escritura dice: 'Por eso el hombre dejará a su padre y a su madre para unirse con su esposa y los dos no formarán sino un sólo ser. Este misterio es muy grande y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia. En cuanto a ustedes, que cada uno ame a su esposa como a sí mismo y la mujer a su vez, respete a su marido.

Si en esto no tenemos la perspectiva sobrenatural en el orden de la redención, hay muchas cosas que nos chocan. Y la primera palabra que choca, sobre todo a las mujeres, es el someterse al marido en todo. O esto es algo cultural que san Pablo dijo accidentalmente para su tiempo, o hay aquí una realidad que tenemos que desentrañar.

Por de pronto, san Pablo está poniendo al marido como una imagen de Cristo. Y le pone al marido un cantidad de exigencias; puesto que él es imagen de Cristo, tiene que comportarse como él. Y muestra cómo se comporta Cristo para con la Iglesia, su esposa. Cristo dio su vida por la Iglesia, por lo tanto, el marido tiene que dar su vida por su esposa; Cristo es cabeza, pero da su sangre y por su donación hace que su esposa resplandezca santa e inmaculada.

Así, si es real que el marido es imagen de Cristo por el sacramento, tiene también que dar todo su ser, su cuerpo y su sangre, por su esposa para que sea una reina santa e inmaculada. Y san Pablo alude al rito de las bodas en que la mujer, antes de contraer el matrimonio, se adornaba, se lavaba, y era conducida al esposo. Aquí es el mismo Cristo que prepara, que se prepara esta esposa santa e inmaculada, por quien él ha dado su vida.

El marido, Cristo, cabeza, debe amar entrañablemente a su esposa como a su propio cuerpo, tal como Cristo cabeza ama a su cuerpo, a la Iglesia, que somos todos nosotros, Cuerpo místico de Cristo.

Así como nadie nunca ha dejado de amar a su cuerpo, tampoco los maridos deben hacerlo, y deben amar y tratar con cariño a su esposa. "Jamás ha aborrecido alguien a su cuerpo. Al contrario lo alimenta y lo cuida. Eso es justamente lo que Cristo hace por la Iglesia, por nosotros que somos parte de su Cuerpo.

San Pablo hace toda una reflexión identificando la realidad del esposo con la realidad de Cristo. La realidad de la Iglesia la desarrolla muy poco y casi aparece solamente en la línea de que esta esposa tiene que estar sometida al esposo, como imagen de Cristo cabeza y respetarlo. Es una explicación fragmentaria. No está todo el misterio. Creo que sólo a la luz de lo que la Iglesia y la dogmática fue descubriendo en María, como imagen de la Iglesia, como encarnación, como prototipo de la Iglesia, se puede continuar esta misma reflexión.

¿Qué es la Iglesia para Cristo? ¿Qué es María para Cristo? El P. Kentenich dice que María es la Compañera y Colaboradora de Cristo en toda la obra de la redención. María es aquella que está enteramente "sometida" a la influencia maravillosa de la gracia de Cristo; es aquella que está plenamente abierta a Cristo para recibir toda la gracia que viene de él; es la encarnación de la abertura a la gracia, a la acción de Dios.

Es importante que veamos todo esto con mucha detención. La esposa puede ser presidente de la República, puede tener una función de cabeza en forma excelente, puede ser una Margaret Thatcher; puede gobernar todo un pueblo. Y en cuanto a esta función, puede no estar sometida en absoluto a su marido. Es cosa de ella; ella tiene esa responsabilidad, representa también a Cristo Cabeza.

La esposa es, al igual que el marido, alguien que posee una dignidad, alguien que está animada por la caridad del Señor; y en cuanto tal, el marido también está sometido a ella, porque el amor hace que nos sometamos unos a otros. Lo primero que dice san Pablo, antes de expresar todo lo demás respecto del matrimonio, es: sométanse unos a otros por consideración a Cristo". El Papa es la cabeza de la Iglesia, pero en otro sentido es también igual a nosotros. Y puede haber una persona que sea mucho más santa que el Papa. No se trata tampoco de santidad. Hablamos de una persona en tanto cuanto es signo sacramental de la Iglesia.

En otros planos, más allá del sacramento del matrimonio, hablamos de personas que tienen otros roles, que son signos de otras cosas.

Al hablar del matrimonio, nos referimos a cómo hacer palpable, signo eficaz, signo sensible, en medio del mundo, para la misma Iglesia, el misterio del amor de Cristo y de la Iglesia. El sacramento del matrimonio especializa al hombre y a la mujer en presentar cada uno, en la forma más neta, más palpable posible, más gráfica posible y más eficaz posible, lo que es ese misterio de unidad de Cristo y la Iglesia. ¿Cómo hacemos saber que la Iglesia es la llena de Cristo, como María, la llena de Cristo? ¿Cómo hacer sensible y palpable que nuestra actitud fundamental, como Iglesia, frente a Cristo, es la receptividad, es estar ligado personalmente al Señor, es abrirme al Señor, es llenarme de Cristo, es dejar que toda

la fuerza de Cristo entre en nosotros y nos fecunde? ¿Cómo hacer sensible y palpable esta realidad?

Es por esta razón que hay un sacramento en que se muestra en estas personas el misterio de la Iglesia, el misterio de la abertura, de esta obediencia, de este sometimiento del hombre a Cristo.

Es esta una responsabilidad, una labor que no es fácil. Pero, precisamente el sacramento del matrimonio nos dice que nosotros tenemos la gracia eficaz, que nos da la fuerza, la capacidad para ser esa imagen de Cristo, el esposo, y esa imagen de María o de la Iglesia, la esposa. Es decir, tenemos la posibilidad, tenemos la gracia. Esta es real. Otra cosa es si la sabemos aprovechar o no. Una cosa es recibir la gracia del bautismo y no aprovecharla y quedarnos en un estado de cristianismo jibarizado. O la usamos y llegamos a ser santos. Cristo nos garantiza la gracia de que podemos llegar a ser esa imagen de Cristo y que podemos ser esa imagen de la Iglesia, esa imagen de María. Y más aún, no se trata de cada uno, el esposo por su lado y la esposa por el suyo, puedan llegar a ser esa imagen, sino que se trata de que ambos, los dos, constituyen un consorcio, un alianza, una fusión, una bi-unidad, como dice el P. Kentenich, de salvación, de redención, a semejanza de esa bi-unidad de Cristo y María, de Cristo y la Iglesia.

Es decir, como pareja sacramental, el matrimonio realiza, continúa la redención; juntos, el matrimonio es principio de redención. En un consorcio de vida, en una bi-unidad, indisolublemente, el matrimonio es fuente de redención para la humanidad. Es decir, que así como Cristo y la Iglesia engendran una nueva humanidad redimida, la Iglesia, el pueblo de Dios, los esposos, unidos en matrimonio, como imagen de esa bi-unidad, son también fecundos. Son fecundos naturalmente; en el orden de la creación, el matrimonio les hace engendrar hijos. Y no solamente fecundos en el sentido biológico sino que tienen que educar esos hijos, hacerlos crecer, llevarlos a su plenitud humana.

De modo semejante, en el orden de la redención, de un modo más misterioso, los esposos, como pareja, dan a luz a hijos de Dios. Y por su entrega, por esa bi-unidad que se consuma en la cruz, son fuente de santificación para sus hijos. Son fuente de redención para sus hijos. Los engendran en la fe, en cuanto les procuran la gracia del bautismo. Y esos hijos les han sido entregados para que crezcan en gracia, en santidad y se alimenten de su entrega, de su amor, de su cruz, y lleguen a ser santos. Y esta responsabilidad dura, se mantiene por toda la vida, aunque los hijos ya se hayan casado y tengan sus propios hijos. El matrimonio como comunidad salvífica, como matrimonio sacramental, es siempre responsable de que los hijos lleguen a la plenitud de la realización del plan que Dios tenía para ellos.

Esto nos pone en otro orden. Fuera del matrimonio tenemos, sin duda, muchas otras responsabilidades. Pero por el sacramento del matrimonio, los esposos, no sólo simbólica sino que realmente, eficazmente, hacen presente aquí, a Cristo, a la Iglesia, a María. Cristo en el esposo, María, la Iglesia, en la esposa, están redimiendo y ambos esposos, juntos en una sola oblación, en una sola entrega, están redimiendo. Es decir, la fusión natural de corazones es sólo la base de la fusión sobrenatural de corazones. Esta fusión de amor que se da en todo matrimonio bien constituido, natural, en el orden de la creación, tiene una profundidad, una realidad insondable a la luz del sacramento del matrimonio.

Esa misteriosa unidad de Cristo-Iglesia, de Cristo-María es el misterio del matrimonio. Para entenderlo bien, tenemos que remontarnos a la voluntad de Dios de hacernos saber su amor por la humanidad. Dios trata de mostrarnos cómo él ama al hombre; quiere hacernos sensible, cercano este amor y por eso se eligió un pueblo. Por eso llamó a Abraham, para constituir pedagógicamente un núcleo aquí en la tierra, un grupo de personas en quienes se manifestara quién es él, quién es Yavé, y cómo nos ama. Y busca modos de hacernos saber y sentir esa realidad en la Revelación. Y se nos revela como el Hacedor, como el Creador; y el pueblo es su creatura, su creación. Y se nos revela como Padre y el pueblo de Israel es su hijo predilecto. Y se nos revela también en clave esponsal. Quizás las páginas más hermosas del Antiguo Testamento sobre la revelación del amor de Dios son aquellas que están dadas en clave esponsal.

Leeremos un par de trozos del Antiguo Testamento para que veamos con mayor claridad de qué somos reflejo nosotros como matrimonio. El que primero expresa esto es Oseas.

(cambio cinta)

Acusad a vuestra madre, acusadla, porque ella ya no es mi mujer ni yo soy su marido. Que quite de su rostro sus prostituciones y de entre sus pechos sus adulterios, no sea que yo la desnude toda entera y la deje como el día que nació.

Aquí Yavé se refiere al hecho de cómo él tomó a un pueblo que era miserable, que no era nada; cómo lo recogió, lo lavó, lo limpió, lo alimentó hasta que llegó a la edad de casarse y se desposó con esta doncella y la hizo su esposa. Pero esta doncella, esta esposa suya, que se llama también la hija de Sión, esta virgen de Israel lo deja como marido, como su esposo y se va tras otros hombres, de los ídolos, de los baales, se entrega y se prostituye. Y a Dios se le revuelve su amor en su corazón y la deja y la castiga. Pero al castiga para que vuelva, para que se arrepienta. Es todo el proceso de cómo Israel es infiel, todo el tiempo de los reyes cuando es deportado a Babilonia. Y de ese pueblo queda un pequeño resto. Y Dios promete a este pequeño resto que sellará otra alianza, una nueva alianza, una alianza más profunda con él. Le promete otras bodas.

No reconoció ella que yo era quien le daba el trigo, el mosto, el aceite virgen, quien multiplicaba para ella la plata y el oro con que se hicieron sus baales. Por eso, he aquí que yo cierro su camino con espinos, la cercaré con setos y no encontrará más sus senderos; perseguirá a sus amantes no los alcanzará, los buscará y no los hallará. Y entonces dirá: Me iré y volveré a mi primer marido, que entonces me iba mejor que ahora.

Es lo mismo que dice en la parábola del hijo pródigo no en clave esponsal sino en clave paternal-filial: iré donde mi padre y le diré que he pecado.

Por eso, yo la voy a seducir. La llevaré al desierto y hablaré a su corazón. Le daré luego sus viñas, convertiré el valle de Acar en puerta de esperanza y ella me responderá allí como en los días de su juventud, como en el día en que subió del país de Egipto. Y sucederá aquel día, oráculo de Yavé, en que ella me llamará "marido mío" y no me llamará más "Baal mío". Yo quitaré de su boca los nombres de los baales y no se mentarán más esos nombres. Yo te

desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en santidad y equidad, en amor y compasión; te desposaré conmigo en fidelidad y tú conocerás a Yavé y sucederá aquel día en que yo responderé, oráculo de Yavé, responderé a los cielos y ellos responderán a la tierra. Amaré a No-hay compasión y diré a no-mi-pueblo, tú-mi-pueblo, y él dirá "mi Dios".

Es toda la promesa de la Nueva Alianza que es una alianza esponsal. Y eso es, en definitiva, lo que se realiza en Cristo. Dios mismo, el Verbo, se hace carne para desposarse con la humanidad. Y se desposa en el seno de María. El Verbo asume a la humanidad en su propia persona; ése es el desposorio esencial. Y en María ya asume a la humanidad -a ella como representante de la humanidad- Cristo asume a su esposa. Cuando María da su sí al ángel, está dando un sí maternal esponsal. Ella recibe, acoge y se une para toda su vida con el Mesías, con Cristo. Es decir, ya en la maternidad de María está la esponsalidad. Ninguna madre sabe quién es el hijo que concibe en sus entrañas y qué misión tiene ese hijo. Toda madre se une entrañablemente con su hijo. Pero en María es mucho más aún; hay una realidad esponsal. Lo dicen los teólogos y el P. Kentenich lo reafirma. La maternidad de María es una maternidad esponsal. En el seno de María, en la concepción, ella se desposa, une su vida para siempre a la persona de Cristo y a su misión. Y esto llega a su culminación en la cruz.

Ese consorcio de vida que se inicia en la anunciación tiene su culminación en la cruz, donde se realiza el real y absoluto desposorio de Cristo con la humanidad. De la cruz brota la esposa de Cristo, la Iglesia, y él la hace para siempre suya. Por eso se dice que la cruz es un misterio nupcial, el lecho nupcial, donde se realiza el desposorio de Cristo y la Iglesia. Para nosotros, en nuestro lenguaje schoenstattiano, esa única ofrenda que da a luz la Iglesia, esa única ofrenda de Cristo y de María. La Iglesia, en ese momento de la cruz, era toda María. Y ese consorcio esponsal de vida entre Cristo y María continúa para siempre: María co-redentora, María Medianera de todas las gracias, María Reina junto a Cristo Rey.

Leemos otros trozos:

Con amor eterno te he amado. Por eso he reservado gracia para ti. Volveré a edificarte y serás reedificada, Virgen de Israel.

En otro trozo de Jeremías:

He aquí que vienen días, oráculo de Yavé, en que yo pactaré con la casa de Israel una nueva alianza. No como la alianza que pacté con sus padres, cuando los tomé de la mano para sacarlos de Egipto; que ellos rompieron mi alianza y yo hice escarmiento en ellos, oráculo de Yavé. Sino que ésta será la alianza que yo pacte con la casa de Israel después de aquellos días. Pondré mi ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré. Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo.

De este trozo de Isaías es muy hermoso:

Con gozo me gozaré en Yavé. ¡Exulta mi alma en mi Dios! Porque me ha revestido de ropas de salvación, en manto de justicia me ha envuelto, como el esposo se pone una diadema, como la novia se adorna con sus aderezos. No me

dirá jamás "abandonada", ni a tu tierra se le dirá jamás desolada, sino que a ti se te llamará "mi complacencia" y a tu tierra "desposada", porque Yavé se compadecerá de ti y tu tierra será desposada. Porque como se casa joven con doncella, se casará contigo tu edificador y con gozo de esposo por su novia, se gozará por ti tu Dios. (Is. 62)

Quería leerles estos trozos para que tratemos de profundizar la realidad de este sacramento. Nosotros, como matrimonio, estamos llamados, somos signos, tenemos la vocación, la gracia de hacer concreto, palpable, sensible este misterio de amor, este designio de salvación. Lo que se anunció en el Antiguo Testamento llega a realizarse en forma inefable, impensada, porque nadie en el Antiguo Testamento podía haber soñado que era Dios mismo el que bajaría en persona a desposarse con la humanidad. Y es esto lo que hace Cristo.

La revelación de Cristo como esposo es bien poco tratada. Pero si nosotros leemos ya las primeras páginas del Evangelio, nos encontraremos con Juan Bautista hablando de Cristo como la presencia del novio, y él es el amigo de este esposo y que no es digno siquiera de atarle sus sandalias. O cuando los fariseos recriminaban a los apóstoles porque comían y bebían, y el Señor les dice que mientras el esposo está presente ellos pueden estar felices y alegres, ya vendrá el momento en que tendrán que sufrir. Y toda la revelación está en el marco de las bodas eternas, de las bodas que prepara el Cordero en el cielo. La redención es un banquete de bodas. Lo que el Señor quiere es celebrar una boda con nosotros, a la cual convida cojos, lisiados, a todos, que los traigan de las calles a estas bodas, a la fiesta de bodas.

En el Apocalipsis esto se hace mucho más palpable, mucho más fuerte cuando se manifiesta que la Iglesia renovada es como una novia engalanada que baja desde el cielo; la nueva Jerusalén, ataviada como una esposa, adornada como esposa para su esposo. Y por eso, las últimas palabras del Apocalipsis también son en clave sponsal:

El Espíritu y la novia dicen ¡ven!, ven Señor Jesús.

El Espíritu y la novia, la Iglesia, dicen ven, ven, Señor Jesús. Y allí se celebrarán las bodas del Cordero. Habría aquí toda una perspectiva que ahondar. En ese contexto se realiza nuestro matrimonio.

¿Qué significa la gracia eficaz para nosotros, en este contexto, como esposo y esposa? ¿Qué significa vivir la gracia del matrimonio? Significa una gran cantidad de cosas que van mucho más allá del entenderse bien, comprenderse, dialogar, educar a los hijos, preocupar que sean personas capaces en la vida...etc. Todo eso vale, por supuesto, tenemos que preocuparnos de esas cosas porque estamos casados en el orden de la creación; es la base de todo. Sin embargo, hay algo mucho más que eso, mucho más trascendental. Nosotros constituimos un iglesia doméstica, nos ha dicho tantas veces el magisterio de la Iglesia. Y qué significa esto en concreto para nosotros? ¿Cómo yo, esposo, soy imagen y presencia de Cristo para mi esposa, signo sacramental para mi esposa y para mis hijos? ¿Cómo yo soy cabeza, cómo Cristo se hace cabeza a través mío de tal manera que para mi esposa no haya gloria más grande que abrirse a mí, someterse a mí, darse a mí? ¿Cómo reflejo este misterio de tal manera que para mi esposa la mayor dignificación, alegría más grande - al contrario de lo que primariamente indicaría para la sensibilidad la palabra

sometimiento - sea someterse a mí como a Cristo, pero a ese Cristo que da su vida por ella, a Cristo que le entrega toda su cuerpo, toda su alma, toda su sangre, que se consume para ella, para que sea como una novia ataviada, resplandeciente, una reina?

Todo esto supone que el marido ha hecho un enorme esfuerzo, un proceso de purificación, de santificación, porque normalmente, en el mundo el ser cabeza, ser autoridad, se ejerce en forma despótica, humillante, y ciertamente es obvio que nadie quiere someterse a esa cabeza. Y la mayor rebelión se da justamente por estas deformaciones de la imagen de Cristo cabeza. Cuando los apóstoles se disputan entre sí quién será el mayor entre ellos, el Señor les responde: No tiene que ser así entre ustedes, los grandes de este mundo dominan a los pueblos con violencia; el que quiera ser grande entre vosotros que se haga servidor de todos. Yo soy el Maestro y el Señor, soy la cabeza, pero he estado entre ustedes como el que sirve...

Es decir, el Señor cambia enteramente la concepción de autoridad que existía antes y que existe ahora. Porque el pecado es precisamente lo que deforma la imagen de Dios y de Cristo en el hombre, en el varón. Y la redención, la gracia de la redención es lo que obra el cambio de hacer que esta persona que representa a Cristo, actúe como él de tal modo que se vea no como una amenaza, como alguien que denigra, como a quien se teme y ante quien se rebela, sino como alguien que libera, que exalta, como lo hace Cristo respecto a la humanidad. De tal manera que el esposo sea esto para la esposa y para sus hijos, como cabeza del hogar, y el mundo pueda ver en él cómo es Cristo cabeza, cómo Cristo es cabeza de la Iglesia y la ama. Para que el presidente de la República, el jefe de oficina, el alcalde, el gerente, y todos los que ejercen autoridad, sean como Cristo.

En este sentido, es decisivo para la renovación de la Iglesia y de la sociedad el que nosotros, como matrimonio, vivamos el sacramento, la eficacia del sacramento del matrimonio, como varones, como esposos, en este caso. Para el P. Kentenich alude a cómo la Iglesia, en tiempos de Constantino, asumió un modo de ejercer la autoridad en un modo, en el fondo no tan fiel a lo que el Señor había enseñado, sino que se guió por Constantino. Y éste era un emperador absoluto que ejercía su poder en forma absoluta. Y es por eso que el Papado y los obispos aparecían -y aparecen hasta cierto punto- como reyes, como príncipes; se hablaba de los príncipes de la Iglesia, de los señores feudales de la Iglesia. Recién ahora, en Juan Pablo II, tenemos una imagen hermosa de cómo se es cabeza de la humanidad.

Todo esto tiene que partir de la casa, de nuestro hogar, de nuestra iglesia doméstica y todo está condicionado a que este esposo sea realmente quien se entrega y da la vida por los suyos. "Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón..." "Vengan a mí todos los que están agobiados...". Cristo es una cabeza extraordinariamente maternal, el modo de ejercer su función de cabeza; él es el Buen Pastor. Y el Buen Pastor va delante de sus ovejas, ellas lo siguen; él las saca a pastorear; él es el Señor, es la Puerta por donde entran sus ovejas...Y las conoce y ellas conocen su voz y lo siguen. Pero lo siguen no por obligación, porque las esté amenazando, a gritos, a palmadas, sino que lo siguen porque lo aman. Y lo aman porque es ejemplo, porque él es un poder de amor.

¿Se dan cuenta que tenemos que purificar nuestra imagen de esposo, de padre, de papá? Si la esposa no tiene esta autoridad, esta manera de ejercer la autoridad, si no tiene esta roca junto a sí, ella misma no puede cumplir su misión de esposa y de madre, le falta algo. En la

iglesia doméstica, el esposo está llamado, por el sacramento, a ser cabeza del hogar. Y es en ese sentido, que la esposa y los hijos están sometidos a esta cabeza del hogar. ¡Cuánto hay que trabajar, cuánto hay que redimir! ¡Cuánto tiene que intervenir la esposa misma para que este esposo sea realmente una imagen de Cristo!

Hay todo un plan de trabajo aquí, para nosotros, para la Iglesia y para el mundo. Y lo mismo vale de la Iglesia, de María. Les decía que, puede ser que esta esposa en nuestro hogar va estar no bajo la sombra, sino que bajo la influencia benéfica de esta cabeza. Si ella fuera gerente de la empresa en que trabaja su marido, el marido tendría que obedecerle a ella, se cambiarían los papeles y ella recibiría entonces gracias de estado. Pero en el hogar tiene la seguridad que el marido tiene las gracias disponibles para llegar a ser una imagen de Cristo cabeza.